

¿Recesión económica?

La pregunta no significa inicialmente ni afirmación ni negación, sino una seria preocupación. No queremos que tal recesión venga a agravar aún más los problemas de pobreza y desempleo y a tensionar el cumplimiento de los compromisos pendientes de los acuerdos de paz o a agravar la inseguridad ciudadana, gestada por los hacedores de la muerte, secuestradores y delincuencia generalizada. Por lo tanto, la pregunta no es antigubernamental, sino pronacional; obedece a la presencia de signos manifestativos de real recesión, pero no todos vemos la realidad de la misma manera.

Tal como se ha comentado en la editorial de *Realidad* (No. 46), el gobierno y el Banco Central de Reserva firman y reafirman que no hay signos de recesión, sino de consolidación económica. Sin duda los datos globales pueden ser estadísticamente ciertos. Ellos los confeccionan y los publican. Pero nos dejan siempre la duda de si son datos "certeros", en cuanto que aciertan a descubrir la plena verdad.

Combinando los datos relevantes del programa monetario financiero de 1995 (*Boletín Económico* del Banco Central de Reserva No. 81) y el *Informe económico de 1994*, editado por la misma institución, llegaríamos a deducir que estamos bien y camino de algo mejor. Brevemente, algunos datos. La economía mundial creció en 1994 a una tasa del 3.1 por ciento, superior al crecimiento de 1993, acompañado de la desaceleración de la inflación. América Latina aceleró su crecimiento económico al 3.7 por ciento, en forma bastante

generalizada, debido principalmente a la demanda externa. La economía centroamericana, a excepción de Honduras, presenta tasas positivas de crecimiento, sobresaliendo El Salvador con un crecimiento real del 6 por ciento y con una inflación reducida al 8.9 por ciento. Esto permitió incrementar el producto por habitante a 2.6 por ciento, indicador que permite prever mejores condiciones de vida para la población. Si exceptuamos el creciente déficit comercial (1,325 millones de dólares en 1994) y el oscilante déficit fiscal, cuya relación con el PIB tiende a disminuir, el resto de indicadores macroeconómicos apunta hacia una bonanza general, aunque no todas las ramas productivas crecen al unísono.

En estos informes existe un párrafo suficientemente iluminador para el comentario que deseamos hacer. "La expansión de la producción estuvo sustentada en el crecimiento de los sectores industria-manufacturera, construcción, comercio, financiero y transporte y comunicaciones. El dinamismo del sector manufacturero (7.9 por ciento) se ha sustentado en la importancia adquirida por la maquila, con el desarrollo de zonas francas, y el auge alcanzado por las exportaciones no tradicionales". (*Informe Económico de 1994*, p. 5). A partir de la bonanza macroeconómica, el programa monetario afirma, "En resumen, la economía ha consolidado su crecimiento al expandirse, en los últimos años, a niveles superiores al aumento de la población, lo que ha permitido en los últimos tres años un crecimiento promedio del producto por habitante de 4.3 por ciento, reflejándose en una

mejora sustancial en el nivel de vida y bienestar de la población" (p. 4). "Una vez consolidada la economía en 1994, el objetivo final del programa monetario (y del gobierno) es la globalización y estabilización para incrementar el crecimiento y el empleo..." (p. 9).

Para saber si estamos en fase de consolidación o de recesión económica era de justicia escuchar algunos de los argumentos oficiales, que, sin duda, generan reacciones diferentes en los diferentes lectores. Una primera reflexión se centra en el espejismo de las referencias macroeconómicas. Frente al dato global de una economía mundial que creció en un 3.1 por ciento, basta recordar que la cumbre mundial de Copenhague (marzo de 1995) nos alerta sobre tres de los problemas económicos mundiales: se generaliza la pobreza, el crecimiento con desempleo y la insolidaridad social. Hayamos o no hayamos viajado por algunos países industrializados, que presentan crecimiento real, sabemos que uno de los problemas que les aflige es la creciente tasa de desempleo. Si las tasas o porcentajes nos dicen poco, los números absolutos asustan más: Italia, España, Francia, Alemania... se enfrentan a cifras cercanas a los cuatro millones de desempleados en cada una. Este desempleo amenaza especialmente a los jóvenes que buscan su primer trabajo y a los adultos desplazados por la revolución tecnológica. Un crecimiento menor de la inflación se convierte en un crecimiento mayor de la pobreza para el cúmulo de los desempleados. Esto sucede en ambas costas del Atlántico. Cuando nos deslumbramos con datos macroeconómicos, la vista no llega a los fenómenos subterráneos.

Tampoco es idóneo transformar divisiones imaginarias en bienestar real. El producto per cápita y la renta per cápita son números bastante imaginarios. Dirían algo positivo si obedecieran a un incremento real de la productividad. Pero dicen muy poco si silencian la equidad. Los repetidos per cápita se parecen más bien a la doble línea amarilla de las carreteras: nadie debe circular por encima de ellas y unos van por la derecha y otros por la izquierda. No es lícito, en nuestro caso, transformar una división de escritorio en "una mejora sustancial en el nivel de vida y bienestar

de la población". Estas conclusiones no son pertinentes cuando la pobreza es una gremial que agrupa a dos tercios de la población. Una de las razones que no suele citarse y que puede explicar cierta desaceleración en el ritmo de la inflación es, precisamente, la extendida pobreza, sumada al elevado desempleo. El ritmo de la inflación no obedecería tanto al comportamiento de la oferta cuanto a la debilidad de la demanda mayoritaria.

Es importante anotar que puede darse crecimiento real del producto, del conjunto de bienes y servicios (PIB) sin que ello signifique crecimiento real de la productividad, ni crecimiento armónico intersectorial. Deseamos centrar nuestra reflexión y nuestra preocupación en este punto, que encierra las causas de la recesión económica. Resumimos la reflexión en ese cambio, más que coyuntural, forjado por la "terciarización económica". Varios institutos de investigación lo vienen señalando desde hace tiempo.

Cuando el *Informe económico de 1994* afirma que la expansión de la producción se apoyó en los sectores de la construcción, comercial, financiero y transporte-comunicaciones, y que el crecimiento de la industria manufacturera (7.9 por ciento) se apoyó sensiblemente en la maquila, mientras que el sector agropecuario experimenta una caída repetida (-1.4 por ciento en 1993; -2.4 por ciento en 1994), está brindando argumentos fehacientes al siguiente comentario de FUSADES: "A manera de antecedentes cabe señalar que el panorama económico a fines de 1994 es positivo en términos de estabilización de precios y de incremento real con tasas cercanas al 5 por ciento. No obstante, el incremento productivo estuvo liderado por sectores de bienes no transables: servicios, comercio, y construcción. Dicho patrón de crecimiento no es sostenible en el mediano y largo plazo, porque se da con menor participación de las principales actividades que generan valor agregado, divisas y empleo. Estas actividades corresponden a la industria manufacturera y a la agricultura, que son las dos bases de la estructura productiva de exportaciones, o sea, de bienes transables, que es lo que podría mantener el desarrollo sostenido de la economía" (*Boletín Económico y Social*, No. 109, p. 2).

Este desequilibrio del crecimiento armónico ya lo señalaron el Instituto de Investigaciones Económicas Sociales de la UCA y CENITEC, en 1991 y 1993, al proponer como objetivos primarios de sus programas de desarrollo la transformación y reconversión del aparato productivo, sentando las bases para una economía integrada, moderna y diversificada (*Realidad Económica Social*, 1993, p. 509). Estas propuestas tenían plena razón porque el análisis comparativo de las matrices intersectoriales de 1978-1990 (el lapso de la guerra) marcaba un claro avance de la terciarización. En estos años, sectores como el alquiler de viviendas, el comercio, los servicios del gobierno, el transporte, el almacenaje, los servicios comunales, sociales y personales pasaron a ocupar los primeros puestos o ascendieron sensiblemente. Asimismo, apareció en escena la rama de "comunicaciones", muy atractiva para la privatización: el coeficiente técnico de su excedente de explotación era 0.61493663. El análisis comparativo permitía concluir que "la estructura productiva salvadoreña se encamina hacia la terciarización" (*Realidad*, 1995, No. 44, pp. 340).

La preponderancia sensible del sector terciario sobre el primario y el secundario conjuntamente se sigue apreciando en el Nuevo Sistema de Cuentas Nacionales de 1990-1994 (*Boletín Económico del Banco Central de Reserva*, No. 80, p. 15). No hace falta recordar que a inicios de 1995 se propuso alegremente ir transformando El Salvador en una gran zona franca. Se nos proponía el paradigma de Hon Kong para la maquila y de Panamá para la dolarización. Esta fronterización de la manufactura y la importación del signo monetario, consciente o inconscientemente, manifestaban que en los subterráneos de la economía se estaba dando un proceso de desintegración. Si a ello se agrega el peligro de desnacionalización o de transnacionalización de algunos servicios públicos (comunicaciones y otros) por la vía de la privatización, es claro que la terciarización encontraba buen apoyo en las medidas gubernamentales. Se temía, con razón, una globalización a la inversa: ser absorbidos por el mercado internacional.

Al igual que otros institutos de investigación, FUNDE tipifica nuestra economía como artificial



y frágil (*Bases para la construcción de un nuevo proyecto económico nacional para El Salvador*, noviembre de 1994, p. 1). Ya se ha hecho tópico común repetir que nuestra economía navega sobre floradores externos. Lo mostraba el P. Segundo Montes en la década de los ochenta. Lo afirma CENITEC desde 1993. Lo repite FUNDE en 1994 y lo reconoce el gobierno que, en abril de 1990, aprobó la ley de las casas de cambio de moneda extranjera. Por ello, no se acaba de entender bien la conclusión final del siguiente párrafo del programa monetario de 1995: "las transferencias netas ascendieron a 1,285.2 millones de dólares, con un aumento anual de 23.2 por ciento; de los cuales 1,001 millones de dólares provienen de fuentes privadas (remesas familiares y otros) y 284 millones de dólares corresponden a donaciones oficiales. Estos ingresos contribuyeron a financiar el déficit de la balanza comercial, reduciendo el saldo de la cuenta corriente de la balanza de pagos a sólo 18.3 millones de dólares. Este comportamiento evidencia un desempeño

macroeconómico favorable para el país, puesto que a partir de 1990 se ha ido reduciendo el requerimiento de financiamiento externo" (p. 5).

Extraña un tanto la conclusión y extraña más la evidencia. De acuerdo en que con el elevado volumen de los flotadores externos no nos veríamos tan forzados a incrementar la deuda y el financiamiento externo, pero ¿por qué al desaparecido Ministerio de Planificación lo han transformado en Viceministerio de Cooperación Externa y el nuevo señor ministro nos anuncia elevadas ofertas externas? Además, las remesas y donaciones también son financiamiento externo, no surgen de nuestra eficiencia productiva, sino del hermano lejano: hermano sí, pero lejano. La conclusión realista sería decir que nuestra balanza de pagos es bastante artificial (por arte de los flotadores externos), mientras que el creciente déficit de la balanza comercial no evidencia todavía un desempeño económico favorable, ni un desempeño favorable de la productividad interna. Sería mejor llamar a las cosas por su nombre.

Los signos de recesión económica se presentan en sucesivas etapas. La mayor parte de los flujos externos no derivan de nuestra capacidad productiva: las exportaciones de la maquila obedecen a la demanda externa. Los mismos flujos externos, dirá FUNDE, favorecen la terciarización económica, pues giran en torno a actividades de importación y servicios de relativa baja productividad. Ya lo señalaba la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP) desde el pasado año: "Debe recordarse que debido a la evolución de la economía salvadoreña, los márgenes de ganancia en actividades dedicadas a la atención del comercio y de los servicios son mayores que en el resto, lo que de por sí es un sesgo, en lo que se refiere a la dirección del crédito, en contra de las actividades industriales y de producción en general, ya que su mayor período de maduración y menor margen de ganancia las vuelve menos atractivas para el sistema financiero. Así y como tanto ha insitado ANEP en diversas ocasiones, más que esterilizar la liquidez, generada por el ingreso de divisas, lo conveniente es su utilización productiva, de tal forma que permita, una vez merendados los montos de remesas familiares, una

generación autónoma de las mismas" (*Correo Económico*, No. 66, p. 2). A casi un año de distancia, en *La Prensa Gráfica* aparece el siguiente titular: "Remesas bajarían para el 2000. Urgen buscar otras fuentes de divisas" (16 de septiembre de 1995, p. 12-A).

Si los directivos de ANEP expresaban tales quejas, ¿qué podrán decir los directivos de las cooperativas agrícolas y los pequeños microempresarios? Lo importante de esta cita es que ANEP implica a la autoridad monetaria y a la banca privada como padrinos de este sesgo económico, porque al elevar los encajes legales y los tipos de interés en forma onerosa han incidido "en frenar los niveles de inversión". Los reclamos de octubre de 1994 los vamos a escuchar enseguida repetidos, en septiembre de 1995. A modo de breve referencia estadística, la revista del Banco Central de Reserva muestra que la rama comercio absorbió el 37.5 por ciento del crédito bancario en 1994, superando el crédito destinado a los sectores agropecuario e industrial conjuntamente. En los primeros meses de 1995 se mantiene el mismo diferencial.

De acuerdo a esta realidad, confirmada con estadísticas oficiales, FUNDE concluye sus investigaciones con estas o parecidas palabras: "Nuestra economía es cada vez más una economía de consumo que una economía de inversión; se priorizan las actividades de circulación más que las de producción, la distribución de importaciones más que la elaboración de productos nacionales, la inversión comercial y de otros servicios más que la acumulación industrial... Se debilita el proceso de acumulación productiva, con palpable desacumulación en los sectores agropecuario e industrial. La fragilidad del crecimiento deriva también del carácter excluyente del modelo, centrado en el gran capital financiero y comercial, con exclusión de los sectores mayoritarios laborales, públicos y privados, así como de empresarios de los sectores industrial y agropecuario... Esta característica excluyente arroja las semillas de nuevos conflictos políticos y sociales, malogrando la incipiente democracia surgida de los acuerdos de paz". A partir de estas afirmaciones concluíamos que este crecimiento no es nacional ni civil (*Realidad*,

1995, No. 46, p. 576).

Para responder a la pregunta de si estamos en ciclo recesivo era menester hacer una breve incursión en las corrientes subterráneas de la terciarización y de los poderes dominantes y privilegiados. Estas fuerzas y estos poderes tendrán que manifestarse a lo largo de 1995, generando réplicas y contestarios multiformes frente a las medidas económicas adscritas a la plataforma económica. Las resumimos brevemente con una mirada retrospectiva de 1995, desde el mes de septiembre.

En la primera quincena de septiembre, varias gremiales empresariales señalaron los síntomas de la recesión económica presente o por venir, en el futuro inmediato. En los periódicos de la mañana se pueden encontrar titulares como el siguiente: "Baja la producción. Se estanca crecimiento económico". Los empresarios exponen sus efectos y causas: "la caída de las ventas en el comercio, la baja de producción industrial, la reducción de la inversión privada, son los primeros síntomas de que la economía salvadoreña ha entrado en un período de estancamiento" (*El Diario de Hoy*, 6 de septiembre de 1995, pp. 12-13). Esta sería la situación para los representantes de la Asociación Salvadoreña de Industriales, de la Cámara de Comercio y también para otros líderes empresariales. Esta visión está reflejada en las encuestas trimestrales de FUSADES sobre el clima de los negocios.

Con los efectos nos interesa conocer las causas. "Para los industriales, entre las causas visibles de la contracción que experimenta la economía se destacan el incremento al IVA, vigente desde el primero de julio, las medidas de restricción de liquidez tomadas desde agosto por el Banco Central, la incertidumbre respecto al impacto que tendrá la segunda etapa del programa de desgravación arancelaria y el clima delincuencial". Repasemos efectos y causales.

La oposición más sonada a las medidas gubernamentales se centró en el masivo rechazo al incremento del IVA. El presidente y el poder ejecutivo demostraron ser el gobierno del diálogo que no escucha a nadie. El efecto contractivo

arranca desde la base. "Canasta familiar más cara" afirma el Centro de Defensa del Consumidor, comparando las partidas de la canasta mínima familiar (*La Prensa Gráfica*, 25 de agosto de 1995, p. 15-A). La cadena arranca de la contracción del poder de compra familiar, que los empresarios dirán se traduce en contracción de ventas, con peligro de reducción de la producción, de las horas trabajadas, del empleo y de los ingresos. El círculo se iría cerrando.

El cuestionamiento es cómo repartir culpabilidades entre los de arriba y los de abajo, porque ya desde junio los precios se elevaron en mayor proporción al impacto derivado del IVA. Esto quiere decir que no debemos definir la inflación simplemente como un alza generalizada y permanente de los precios, sino analizar el comportamiento humano que genera. La inflación realmente es una guerra civil monetaria con el arma de los precios. Cuando la moneda, que es la medida de valor, pierde su valor, también los



ciudadanos perdemos nuestros valores cívicos: ir de compras es igual que ir de sustos.

El presidente del Banco Central de Reserva dice lo mismo con palabras más suaves: a la guerra le llama especulación —cuando la inflación real supera las metas del programa monetario. “Los índices inflacionarios acumulados alcanzaron el 8.1 por ciento en julio, lo que significa un 2.6 por ciento de aumento con respecto al mes anterior. Orellana Milla atribuyó el ‘disparo’ a los ajustes tarifarios de los servicios públicos, al incremento del IVA del 10 al 13 por ciento, aprobado en julio, y a la especulación de precios que se generó”. Los directivos del Banco Central de Reserva afirmaron que el incremento del IVA afectaría una sola vez el alza de los precios, pero se olvidaron agregar que esa única alza permanece mientras no se reduzca el IVA y tiende a crecer a causa de la especulación.

No todo está perdido para el presidente del Banco Central de Reserva. “Sin embargo, aseguró que las metas inflacionarias para finalizar el año con valores abajo del 10 por ciento se cumplirán. Se están tomando todas las medidas para asegurar que en el país exista una inflación baja y consistente con la estabilidad cambiaria que tenemos. La reducción de liquidez es una de ellas” (*La Prensa Gráfica*, 14 de septiembre de 1995, p. 15-A). Ahora el *boomerang* amenaza a los empresarios con la reducción de la liquidez. Enseguida los escucharemos. Si vivimos de estadísticas podemos aguantar hasta primeros de año para evaluar el alza real de los precios, pero quienes se debaten por el pan nuestro de cada día y por el respeto a los contratos colectivos no pueden esperar tanto tiempo. El cúmulo de huelgas y manifestaciones, en días laborales y festivos, muestra la imperminencia de aquella medida, el incremento del IVA. No es un costo social en aras de los acuerdos de paz, sino un costo antisocial para desequilibrar la paz y alimentar la recesión.

La cadena recesiva se traduce en una contracción de las ventas. Los directivos de la Asociación Salvadoreña de Industriales, de la Cámara de Comercio y de otras empresas importantes afirman que las ventas de los productos industriales han registrado una contracción de entre el 15 y el 20

por ciento, en los dos últimos meses. La contracción podría quedar reflejada en el informe de FUSADES sobre clima de negocios, para el segundo trimestre de 1995: contracción en la construcción, desaceleración en el crecimiento del comercio, contracción fuerte del sector hoteles y restaurantes, el índice general de las ventas se reduce de 31.9 en el primer trimestre a 25.4 en el segundo, especialmente en el área de servicios.

El Ministro de Economía no acepta que estemos frente a una contracción que, en todo caso, sería temporal, porque el nivel de importaciones de bienes intermedios y de capital crece y supera a los bienes de consumo, lo cual reflejaría una reconversión industrial. Es cierto que la cantidad de bienes intermedios importada es la más elevada en la amplia gama de la industria manufacturera, pero la importación de bienes de capital predomina en el sector transporte en 1994 y en los meses disponibles de 1995, seguido de lejos por la industria manufacturera y quedando en un último y mínimo lugar el sector agropecuario, tanto por lo que hace a bienes intermedios como de capital. Y esta sí es una señal grave. Por su parte, el vicepresidente del Banco Central de Reserva afirmó simplemente que por el momento todo está bien. No piensan así muchos empresarios y quizás esto genere fisuras en la granítica unidad de ARENA.

A los signos de recesión presente se suman los presagios de nueva recesión. En esta misma primera quincena de septiembre resurge el fantasma de la desgravación arancelaria: 20, 15 y 12 por ciento. Los diarios matutinos resumen el tenso diálogo entre el Ministro de Economía y diversos sectores empresariales. Para el afable ministro, estos empresarios, acostumbrados al proteccionismo desde hace mucho tiempo y al dominio del mercado interno, muestran una culpable indolencia ante el reto de la reconversión industrial. Se les está dando el tiempo necesario para poner su página al día. Los empresarios, por su lado, alegan que la guerra civil no propició la reconversión industrial y que ni el gobierno ni la autoridad monetaria ni la banca privada les han apoyado con el correspondiente crédito e intereses sostenibles, ni con la necesaria asistencia técnica.

Estos empresarios piden que antes de ejecutar

la segunda etapa del programa de desgravación (del 15 al 12 por ciento) debe evaluarse el impacto de la primera etapa en el sector industrial, porque de lo contrario, "se desestimularía la creación de más empresas". Una desgravación acelerada gestaría la globalización a la inversa.

Sumando signos de recesión, tenemos que la reducción de las ventas afectaría los ingresos de los trabajadores: "el problema es que cuando ya no se produce lo suficiente, se reduce el tiempo de trabajo, lo cual afecta al ingreso de los trabajadores". Y la segunda etapa de la desgravación arancelaria se percibe como un desestímulo para la creación de nuevas empresas. Pasando a la acera de enfrente, ya vamos caminando sobre el mes de septiembre y la asamblea legislativa no dice nada concreto sobre las propuestas leyes de privatización de ANTEL y CEL, otra espada de Dámocles sobre varios miles de empleados. Para ellos se cierne la recesión.

Parecería que este cúmulo de testimonios y resentimientos están sacando a luz los efectos preanunciados de la terciarización económica. A nuestro juicio, ahí se asienta la raíz de la desarticulación económica y de la emergente recesión. En teoría, el país dispone de un radar orientador para marcar los cauces de la inversión y del multiplicador del crédito. Nos referimos a las matrices intersectoriales, que no hacen milagros, pero sí señalan cuáles son los sectores y las importaciones dinamizantes de la economía, el poder catalizador que suman las ramas responsables de las necesidades básicas mayoritarias, orientando también las sendas hacia la globalización exterior.

Pero ni el Banco Central de Reserva que las procreó y las pagó, parece prestarles mayor atención en su programa monetario, ni tampoco el transplantado Ministerio de Planificación, que hasta el nombre ha cambiado, mirando hacia afuera. Lo cierto es que los empresarios requieren más crédito con intereses sostenibles. Esta sigue siendo la tercera causal de la contracción advertida.

Y este parece ser otro misterio de nuestro juego económico: los abundantes flujos externos se monetizan en un excedente de liquidez real, pero generan un sentimiento o un resentimiento de iliquidez en bastantes empresarios y aun en corredores de bolsa. Entre la esterilización de liquidez para frenar el "disparo" de la inflación y la concentración del crédito que se reconduce a nuevas inversiones financieras dentro y fuera del país, los abundantes flujos externos no logran dinamizar amplios sectores de la economía interna. Sí hay síntomas visibles de recesión económica.

Ello se refleja también en el cuarto fantasma empresarial: la delincuencia. En un proceso de retroalimentación, cobran fuerza la recesión económica, la recesión de la seguridad ciudadana, la recesión de los valores maltratados por la corrupción y el ocultamiento de la verdad y también por la recesión general de los partidos políticos. Una reciente encuesta que tabula que entre todos los partidos políticos "ninguno" se llevaría la mayoría de votos, está enviando un signo suficientemente significativo de que la recesión no es sólo económica.

F. J. I.